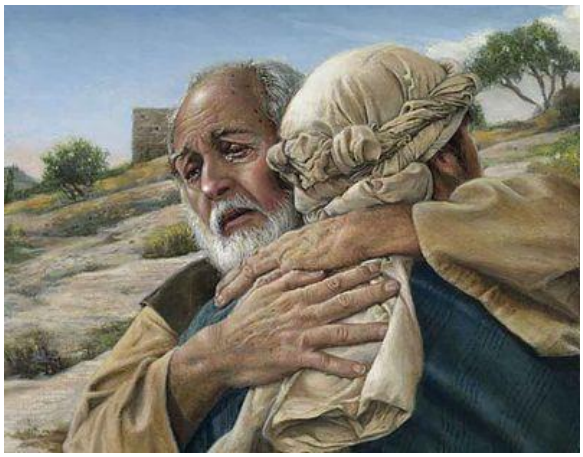
Domingo XXIV semana del tiempo ordinario/ Lc 15, 1-32
11/09/2016

"Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes" (Lc 15, 11-12).

En la figura del padre, está también la madre. Dios, nos ama con el amor de padre y de madre. En Él no puede darse división, es el amor perfecto. Es amor.

La herencia, normalmente, se recibe cuando los padres han muerto. El hijo al pedir lo que le corresponde, está matando al padre.



El padre cada día se está entregando por entero a cada uno de sus hijos. Ahora el gesto del hijo es de desagradecimiento; no ha experimentado el amor. De todo lo que ha recibido hasta ahora, no ha comprendido nada. Sólo lo entiende cuando esté lejos del padre.

Lo que pide el hijo son las cosas materiales, las que se acaban y nos dejan vacíos. La verdadera riqueza es el amor del padre, que nunca se acaba, pues siempre se renueva… por eso el hijo puede volver y encontrar al Padre.

"Tú eres mi refugio, me libras del peligro,

me rodeas de cantos de liberación" (Sal 31, 7).

Es el recuerdo del amor del Padre, el hecho de reavivar el fuego de su amor en nuestro corazón lo que nos permite volver a la casa y recibir nuevamente su infinita misericordia.

¡Jesús, haz que celebre cada día tu amor!

¿Voy hacia los otros para amar o para malgastar las cosas materiales?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc